

Leopoldo tiene mucho que contar

La niebla no pudo ocultarlo

ALBEIRO ECHAVARRÍA

Loqueleo, Bogotá, 2016, 249 pp.

LA GRAN fortaleza de esta novela radica en su trama. Albeiro Echavarría se valió de hechos acaecidos en Yarumal (Antioquia), a finales del siglo XX, para crear una historia interesantísima. Hay que decir que esta población ha sido un punto estratégico del conflicto colombiano: durante años, narcotraficantes, guerrilleros y paramilitares se han peleado este corredor que conecta el norte de Antioquia tanto con la costa Caribe como con la Pacífica. El famoso grupo insurgente de extrema derecha Los Doce Apóstoles, que se autoproclamaba de “limpieza social”; y que resultó tan cercano a ciertos poderosos colombianos, nació precisamente en Yarumal, en 1992. El pueblo y sus veredas saben entonces lo que es la guerra: han vivido múltiples masacres, torturas, violaciones, secuestros, desapariciones... En fin, todas las facetas y expresiones de nuestra complicada conflagración.

El narrador y protagonista de *La niebla no pudo ocultarlo* es Leopoldo Builes Roldán. Su padre se escapó un día con la esposa del barbero. A Leopoldo y a su hermano no les quedó más que la vergüenza ante el pueblo y el odio de los hijos del barbero, sus compañeros de escuela. Un día el hermano de Leopoldo se pierde, se va. Unos dicen que para la guerrilla (un fantasma que en ese presente narrativo aún no se ha tragado a Colombia, pero falta poco); otros, que se fue a buscar al papá. Nada, un día al fin regresa: los motivos de su desaparición eran más simples, los de cualquier joven. Pero el momento no puede ser peor: Leopoldo y un amigo suyo han sido testigos de un asesinato, han visto cómo matan al barbero, y está claro que si en Yarumal se enteran van a culpar al recién llegado. Al fin y al cabo hartos rencor hay ya entre las dos familias. Así que Leopoldo y su amigo, dos niños, tras presenciar el crimen, entierran el cadáver donde nadie pueda verlo: en últimas, un acto de amor de un muchachito por ese hermano grande y

tristón al que adora. Así, el barbero se convierte en un desaparecido; nadie puede culpar al hermano de Leopoldo, no pueden demostrarle nada. Y con el paso de las páginas, la trama se va enredando inteligentemente, mientras el protagonista crece y Colombia se va metiendo de lleno en la candela de la guerra.

Echavarría nació en Bello pero creció en Yarumal. Más grande, dejó Antioquia para vivir en Bogotá y en Cali, y para hacerse periodista. Años después se entregó de lleno a las letras y se especializó en literatura para niños y jóvenes. Entonces, al fin, escribió *La niebla no pudo ocultarlo*, que si bien es una novela de iniciación, no es una novela infantil (condición que, per se, no la hace ni mejor ni peor; y es que no faltan los que creen que entre más años tenga el público al que va dirigida una obra, mayor calidad tendrá esta, y al contrario).

Antes de sentarse a trabajar en *La niebla no pudo ocultarlo*, el autor se tomó el tiempo suficiente para recordar personajes, historias y chismes, para averiguar e investigar y, con todo ese capital, construir una ficción sólida, que no se casa totalmente con los hechos reales: Echavarría se interesó, no por contar fielmente una serie de sucesos, no por hacer periodismo, sino por armar una buena trama; inventó aquí y desechó allá sin la más mínima culpa. E hizo bien: tuvo claro que estaba produciendo, en últimas, ficción.

Pero *La niebla no pudo ocultarlo* va mucho más allá de la fábula de la violencia colombiana de finales del siglo XX y comienzos del XXI. Por ejemplo, la subtrama de la relación entre la tía de Leopoldo y el serenatero pobre, relación prohibida por un patriarca clasista, conservador y machista, y en la que el protagonista funge de celestino y provocador hasta la aventura y el absurdo, evoca cierto costumbrismo, cierto aire de novela de casona y amor de desmayo, de un modo que no resulta meloso sino estético. Las páginas se van llenando entonces, por un lado, de letras de boleros, bambucos y suspiros, y por el otro, de sangre, mentiras y venganzas, en una fusión arriesgada de la que Echavarría sale bien librado.

Leopoldo, el narrador, resulta creíble porque Echavarría supo darle la voz precisa. El hombre va contando la

historia con un ritmo que no desfallece y con una musiquita y un tono muy paisas, que no caen en la caricatura. El lector siente, entonces, que desde algún lugar ese tal Leopoldo Builes Roldán, ese hombre del campo, le habla con una voz medio destemplada y casi ahogada. Y es que tiene mucho que contar:

Terminó la misa y nos quedamos un rato en el atrio hablando con una amiga de Mayita. Después fuimos a la panadería y la dueña nos invitó a entrar a su casa —que era en la misma panadería— a comer parva con chocolate. Al llegar a casa, como a eso de las diez de la mañana, nos dimos cuenta de que Mauricio se había largado. Se había ido de la casa después de echar en la maleta un par de mudas, y había dejado una nota sobre la mesa del comedor: *Me voy lejos. Trataré de hacer algo por ustedes y por este mundo. No me busquen. Los quiero mucho.* (p. 22)

Solo cuando intenta cargarse de poesía, cuando quiere lucirse mucho, o mejor, cuando pierde la naturalidad de su voz, el narrador desfallece. Aparecen entonces párrafos que sacan al lector del ritmo conseguido. Son pocos, pero los hay. Por ejemplo:

Me pasó la mano por la espalda. Y al voltear la cara, me pareció que lloraba. Pero no lo puedo asegurar porque minutos antes había empezado a llover y quizá eran gotas de lluvia resbalando por sus mejillas. Después me cogió la mano, y puso en ella su piedra blanca de la buena suerte. Me cerró el puño y salió corriendo. Fue mejor así porque a mí no me gustaban las despedidas. Menos mal que la neblina me envolvió en su poderoso manto. En ese momento la lluvia arreció, acompañada de un viento huracanado. (pp. 108-109)

Nada grave. En tiempos de fábulas minimalistas libres de nudos, mejor dicho, en tiempos de novelas en las que no pasa nada y uno como lector se aburre horriblemente, *La niebla no pudo ocultarlo* resulta placentera. Echavarría tiene una buena historia y, con calmita y buen ritmo, la sabe contar.

Raro. Es entonces raro que esta novela, publicada en 2016, no haya te-

nido mucha prensa. Los comentarios fueron más bien pocos. Como si *La niebla no pudo ocultarlo*, tan del campo, tan de bambucos y tan cargada de sucesos, no respondiera a las estéticas de moda, acaso introspectivas y cercanas al ensayo, yo qué sé. Raro, porque la forma en que *La niebla* “cubre” el conflicto colombiano es sorprendente y novedosa: no es una novela sobre la guerra, no es una historia panfletaria. Es una historia de amor —a la familia, a la tierra, a la memoria; en últimas, el más universal de los temas— que tiene como telón de fondo la más absurda de las guerras.

Es una novela de iniciación, de pérdida de la inocencia: la pérdida de todos los colombianos, que tuvimos que ver cómo nos adaptábamos —a la brava, cómo no— al fantasma de la muerte.

Andrés Arias